EL REGALO DE DIOS DE LA IDENTIDAD

Escogidos, redimidos y sellados en Cristo

Idea clave:

Nuestra verdadera identidad no se encuentra en lo que logramos, adquirimos o aparentamos ser, sino en ser escogidos por el Padre, reclamados por el Hijo y confirmados por el Espíritu, para alabanza de la gloria de Dios.

Texto clave:

> *Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos bendijo con toda bendición espiritual en los lugares celestiales en Cristo, [4]según nos escogió en él antes de la fundación del mundo, para que fuésemos santos y sin mancha delante de él, [5]en amor habiéndonos predestinado para ser adoptados hijos suyos por medio de Jesucristo, según el puro afecto de su voluntad, [6]para alabanza de la gloria de su gracia, con la cual nos hizo aceptos en el Amado, [7]en quien tenemos redención por su sangre, el perdón de pecados según las riquezas de su gracia, [8]que hizo sobreabundar para con nosotros en toda sabiduría e inteligencia, [9]dándonos a conocer el misterio de su voluntad, según su beneplácito, el cual se había propuesto en sí mismo, [10]de reunir todas las cosas en Cristo, en la dispensación del cumplimiento de los tiempos, así las que están en los cielos, como las que están en la tierra. [11]En él asimismo tuvimos herencia, habiendo sido predestinados conforme al propósito del que hace todas las cosas según el designio de su voluntad, [12]a fin de que seamos para alabanza de su gloria, nosotros los que primeramente esperábamos en Cristo. [13]En él también vosotros, habiendo oído la palabra de verdad, el evangelio de vuestra salvación, y habiendo creído en él, fuisteis sellados con el Espíritu Santo de la promesa, [14]que es las arras de nuestra herencia hasta la redención de la posesión adquirida, para alabanza de su gloria.*
>
> **Efesios 1:3–14 RVR1960**

Puntos clave:

La identidad es un regalo, no un logro — La verdadera identidad del cristiano no se encuentra en lo que logramos, adquirimos o aparentamos ser, sino en ser escogidos por el Padre, reclamados por el Hijo y confirmados por el Espíritu, para alabanza de la gloria de Dios (Ef 1:3–14). La alabanza de Pablo se desarrolla en tres movimientos, uno por cada persona de la Trinidad, y cada uno muestra que quiénes somos descansa en lo que Dios ha hecho, no en lo que nosotros hacemos.

Escogidos por el Padre antes de la fundación del mundo — Dios nos ha bendecido con toda bendición espiritual en los lugares celestiales, y estas bendiciones se desglosan más específicamente en los vv. 4–14 (Ef 1:3). La primera es que Dios nos escogió en Cristo antes de la fundación del mundo (Ef 1:4). Su elección proviene únicamente de su voluntad, sin tomar en cuenta lo que hayamos hecho o dejado de hacer. La decisión se tomó antes de que tuviéramos oportunidad alguna de influir en ella, lo que también significa que no hay posibilidad de que podamos deshacerla con nuestros fracasos.

Santos y sin mancha, en amor — Hemos sido escogidos para ser santos y sin mancha delante de él. Esto también se decidió antes de que tomáramos cualquier acción, de modo que ser santos y sin mancha es resultado de la elección de Dios, no algo que nos esforzamos por alcanzar por nuestra propia cuenta. Nuestra posición está asegurada para nosotros por Cristo y se lleva a cabo mediante la obra y el poder del Espíritu Santo. Algunas Biblias colocan la frase «en amor» al final del v. 4, y otras al principio del v. 5. Las opiniones y traducciones están divididas, y cualquiera de las dos lecturas es gramatical y teológicamente correcta y encaja con el tema de Pablo. De cualquier manera, debemos ser santos y sin mancha delante de Dios en amor, no por legalismo ni por obligación, y el amor de Dios es la iniciativa detrás de su predestinación.

Predestinados para ser adoptados — La adopción es la imagen dominante que Pablo aplica en este pasaje (Ef 1:5). Éfeso era una ciudad romana importante: la capital de una acaudalada provincia romana, una de las ciudades más grandes e influyentes del Imperio oriental, y dominada por el culto a Artemisa y por mercaderes adinerados (Hch 19). Apartarse de todo eso para seguir a Cristo tendría un alto costo. La filiación tenía gran importancia en la vida romana. Una relación biológica podía disolverse, pero la adopción bajo la ley romana significaba que el hijo era elegido libremente por los padres, e incluso deseado; la adopción era irrevocable; el hijo recibía un nuevo nombre y una nueva identidad; y el nombre antiguo, el pasado y cualquier deuda quedaban borrados por completo. Un hijo adoptado quedaba plenamente unido como heredero.

Lo que la adopción significa para nosotros — Como hijos adoptivos de Dios, nuestro pasado queda borrado, nuestro futuro está ligado al Padre y tenemos una nueva vida en la cual andar. También somos capacitados hacia la meta de presentarnos santos y sin mancha delante de él: nuestra posición está asegurada en Cristo, y nuestro progreso hacia la meta es impulsado por el Espíritu. Esta adopción es conforme al puro afecto de la voluntad del Padre, y no tiene nada que ver con nuestros méritos.

Para alabanza de la gloria de su gracia — Todo esto se hace para alabanza de la gloria de Dios, no de la nuestra (Ef 1:6). Eso arraiga nuestra identidad en lo que Dios ha hecho por nosotros, no en lo que hemos hecho por nosotros mismos ni por Dios. Esta gracia se extiende hacia nosotros en el Amado, lo cual habla de Cristo. En él somos bendecidos con toda bendición espiritual en los lugares celestiales, escogidos antes de la fundación del mundo, adoptados como hijos e hijas, y bendecidos por la gloriosa gracia de Dios.

Reclamados por el Hijo: comprados con su sangre — En Cristo tenemos redención por su sangre y el perdón de nuestros pecados, según las riquezas de la gracia del Padre (Ef 1:7). Este es un concepto propio del mercado o del pago de un rescate. No éramos agentes libres capaces de demostrar nuestro propio valor. Fuimos comprados y reclamados con su sangre como precio, y nuestro valor está ligado al precio pagado por nosotros. Nacimos en un estado de traición cósmica (pecadores por naturaleza) y luego cometimos el acto nosotros mismos (pecadores por elección); sin embargo, la redención y el perdón ya eran nuestros para recibirlos por medio de Cristo.

Gracia sobreabundante, dada con sabiduría — El Padre hizo sobreabundar su gracia para con nosotros (Ef 1:8). La palabra griega para «sobreabundar» (eperisseusen) describe otorgar algo a alguien en rica abundancia o desbordamiento, más que suficiente. Es la raíz de la palabra en Ef 3:20 (hyperekperissou), que habla de una hiperabundancia hacia alguien más allá de toda medida. Esto no es un amor ni una gracia imprudentes. Nos fue dada en toda sabiduría e inteligencia de Dios, y hacerlo es sabiduría divina. En esa misma sabiduría Dios dio a conocer a los creyentes el misterio de su voluntad (Ef 1:9). Un misterio no es un acertijo, sino algo de gran importancia que aún no había sido revelado. En la sintaxis está ligado al hacer sobreabundar la gracia de Dios, de

modo que esta es la manera en que Dios da a conocer su gracia, según su beneplácito, propuesto en Cristo.

Todas las cosas reunidas en Cristo — Este propósito fue planeado para el tiempo señalado, o el cumplimiento de los tiempos, cuando el Padre reunirá todas las cosas en Cristo (Ef 1:10). El versículo 10 es el eje central del pasaje. A Cristo se le ha dado toda potestad en el cielo y en la tierra (Mt 28:18), y esta unidad se logró en la cruz (Col 1:20). En el tiempo oportuno se reveló el plan para resolver todas las cosas. Ya ha sido logrado, y será consumado en su totalidad cuando él venga.

Una herencia y las primicias — En Cristo tenemos herencia, una continuación de la imagen de la filiación. Fuimos predestinados para esa herencia (Ef 1:5), y esta predestinación surge del propósito de Dios. Dios obra mediante sus propósitos por sus propias razones, y todas las cosas operan dentro de su voluntad (Ef 1:11). El propósito es producir fruto (Ef 1:12). Los primeros en confiar en Cristo son las primicias de la redención, y ellos, al igual que todos los que siguen, son para alabanza de su gloria. Las primicias siempre debían ser entregadas a Dios (Lv 23:9–14).

Confirmados por el Espíritu: sellados en el momento de creer — ¿Cómo sabemos que todo esto se aplica a nosotros? Porque la tercera persona de la Trinidad lo promete. Por medio de quienes nos precedieron, oímos la palabra de verdad, las buenas nuevas de salvación (Col 1:5–6). Nuestros ojos fueron abiertos y creímos (Sal 119:18; Hch 26:18), y el Espíritu Santo, quien fue prometido a los creyentes (Jn 14:26), nos selló en el momento en que creímos (Ef 1:13).

El sello y las arras — El sello del Espíritu es la garantía —las arras— de nuestra herencia (Ef 1:14). El sello es un concepto real: un anillo de sellar presionado sobre cera dejaba una marca exclusivamente identificable para demostrar propiedad, y Dios ha estampado su nombre sobre ti. Las arras (garantía) son un concepto bancario o hipotecario: el depósito inicial inicia el proceso de posesión y es el primer pago hacia la cosa misma. A diferencia de un contrato de vivienda, con Dios no hay cláusulas condicionantes. Una vez sellado, es irrevocable. El Espíritu hará su obra (santificación), y Dios no perderá a ninguno de los que son suyos (perseverancia). Dios redimirá su posesión adquirida, porque Dios no solo nos da una herencia; él nos ve a nosotros como su herencia.

La vida cotidiana es adoración — El plan de redención es trinitario. Las tres personas de la Deidad tienen funciones distintas, cumplen propósitos únicos y dan gloria a Dios. Saber que fuimos escogidos por el Padre antes del comienzo de los tiempos, reclamados por el Hijo mediante su sangre en la cruz, y confirmados por el Espíritu cuando oímos y creímos debe producir una respuesta de alabanza a Dios por su bondad. Hagamos lo que hagamos y seamos quienes seamos, nuestra identidad está en lo que Dios se propuso y llevó a cabo, adoptándonos y redimiéndonos para sí como herencia (1 Co 10:31; Col 3:17). La vida cotidiana es adoración una vez que comprendemos verdaderamente que Dios define nuestra identidad, y no nosotros mismos. Cuando esa verdad pasa de la mente al corazón, transforma la manera en que respondemos a Dios.

Preguntas de discusión:

La enseñanza propuso que nuestra verdadera identidad no se encuentra en lo que logramos, adquirimos o aparentamos ser, sino en ser escogidos por el Padre, reclamados por el Hijo y confirmados por el Espíritu (Efesios 1:3–14). ¿Cuál de esos tres aspectos (lograr, adquirir o

aparentar) moldea con mayor frecuencia la forma en que te ves a ti mismo? ¿En qué áreas sientes la inclinación a definirte por algo distinto a lo que Dios ha dicho acerca de ti?

Pablo dice que Dios nos escogió en Cristo antes de la fundación del mundo, únicamente por su voluntad, antes de que tuviéramos oportunidad alguna de influir en la decisión (Efesios 1:4). ¿Cómo cambia tu percepción de tu posición delante de Dios el saber que la elección se hizo antes de que hicieras algo bueno o malo? ¿Por qué puede ser esa verdad tanto humillante como profundamente consoladora?

La enseñanza explicó que ser santos y sin mancha es el resultado de la elección de Dios, no algo que nos esforzamos por alcanzar por nuestra cuenta, y que «en amor» señala al amor de Dios como la iniciativa detrás de ello, no al legalismo ni al deber (Efesios 1:4–5). ¿En qué áreas te sientes tentado a tratar la santidad como una obligación que cumplir en lugar del fruto de ser amado y escogido? ¿Qué podría cambiar si buscaras la santidad desde ese punto de partida?

En la vida romana, la adopción significaba que un hijo era elegido libremente e incluso deseado; la adopción era irrevocable; el hijo recibía un nuevo nombre e identidad; y el nombre antiguo, el pasado y cualquier deuda quedaban borrados por completo (Efesios 1:5). ¿Cuál de estas características te llama más la atención y por qué? ¿En qué área sigues viviendo como si tu nombre antiguo, tu pasado o tus deudas te definieran?

La enseñanza también señaló que Éfeso estaba dominada por el culto a Artemisa y por mercaderes adinerados, por lo que volverse a Cristo tendría un gran costo (Hechos 19). ¿Cuáles son la «Artemisa y los mercaderes adinerados» de nuestra propia cultura, es decir, las fuentes rivales de identidad y seguridad? ¿Qué cuesta arraigar tu identidad en Cristo y qué ganas al hacerlo?

La enseñanza distinguió entre nuestra posición, que está asegurada en Cristo, y nuestro progreso hacia ser santos y sin mancha, que es impulsado por el Espíritu. ¿Por qué es importante mantener ambas cosas bien diferenciadas? ¿Dónde sientes mayor tentación de confundirlas, ya sea dudando de tu posición cuando fallas o asumiendo que tu progreso se dará por sí solo?

Pablo repite el estribillo «para alabanza de su gloria» (Efesios 1:6; Efesios 1:12; Efesios 1:14). La enseñanza señaló que esto arraiga nuestra identidad en lo que Dios ha hecho por nosotros, no en lo que hemos hecho por nosotros mismos ni por Dios. ¿Cómo sueles medir tu propio valor? ¿Cómo sería dejar que «lo que Dios ha hecho» responda esa pregunta en su lugar?

La redención es un concepto propio del mercado o del pago de un rescate: no éramos agentes libres capaces de demostrar nuestro propio valor, sino que fuimos comprados con su sangre, y nuestro valor está ligado al precio pagado (Efesios 1:7). ¿Qué significa para ti que tu valor se mida por el precio pagado y no por tu desempeño? ¿De qué manera recordar que éramos pecadores tanto por naturaleza como por elección profundiza tu gratitud por esta gracia?

La palabra griega para «sobreabundar» describe una gracia dada en rica abundancia, más que suficiente, y la enseñanza destacó que esta gracia se da en sabiduría e inteligencia, no de manera imprudente (Efesios 1:8; Efesios 3:20). ¿En qué área de tu vida necesitas creer que la gracia de Dios hacia ti es más que suficiente? ¿Por qué importa que esta gracia fluya de la sabiduría divina y no del descuido?

El versículo 10 es el eje central del pasaje: el Padre reunirá todas las cosas en Cristo, un plan logrado en la cruz y que será consumado cuando él venga (Efesios 1:10; Colosenses 1:20). ¿Cómo moldea el saber que el plan de Dios es reunir todas las cosas en Cristo la forma en que ves el quebrantamiento en el mundo y en tu propia vida? ¿Dónde necesitas recordar más que Cristo tiene toda potestad (Mateo 28:18)?

El sello del Espíritu es una imagen real, como un anillo de sellar que estampa el nombre de Dios sobre nosotros, y las arras son como un depósito inicial sin cláusulas condicionantes; la enseñanza añadió que Dios nos ve como su herencia (Efesios 1:13–14). ¿Cuál de las dos imágenes, el sello o las arras (garantía), te habla más en este momento? ¿Qué produce en tu corazón escuchar que tú eres la propia herencia de Dios?

La enseñanza concluyó diciendo que saber que somos escogidos, reclamados y confirmados debe llevarnos a la alabanza, y que la vida cotidiana es adoración cuando Dios define nuestra identidad (1 Corintios 10:31; Colosenses 3:17). ¿En qué momento de tu semana ordinaria podrías vivir conscientemente «para alabanza de su gloria»? ¿Qué ayuda a que esta verdad pase de tu mente a tu corazón?

Para profundizar en el estudio:

Lee Efesios 1:3–14 despacio varias veces esta semana. Observa con qué frecuencia Pablo dice «en Cristo», «en él» o «en el Amado», y cómo aparece sucesivamente la obra del Padre, del Hijo y del Espíritu. Marca cada vez que aparece el estribillo «para alabanza de su gloria». ¿Qué te dice esta repetición acerca del propósito de todo lo que se expone en este pasaje?

Lee Hechos 19 para conocer el trasfondo de la ciudad de Éfeso. ¿Qué aprendes sobre el lugar que ocupaban Artemisa y los mercaderes allí, y sobre el costo de seguir a Cristo? ¿De qué manera ese contexto hace que el lenguaje de Pablo sobre ser escogidos y adoptados cobre mayor peso?

Estudia Romanos 8:14–17 y Gálatas 4:4–7 junto con Efesios 1:5. Anota lo que cada pasaje dice acerca de la adopción, el Espíritu y el ser heredero. ¿Cómo profundizan estos pasajes tu comprensión de lo que significa ser un hijo adoptivo de Dios?

Lee juntos Efesios 1:10, Mateo 28:18 y Colosenses 1:19–20. ¿Cómo describen estos versículos la unidad de todas las cosas en Cristo? ¿Qué se ha logrado ya en la cruz y qué aguarda su venida?

Lee 1 Pedro 1:18–19 junto con Efesios 1:7. ¿Qué dicen estos versículos acerca del precio pagado por ti? Escribe cómo esto transforma la manera en que piensas sobre tu propio valor.

Estudia 2 Corintios 1:21–22 y Efesios 4:30 junto con Efesios 1:13–14. ¿Qué dicen estos pasajes acerca del Espíritu como sello y arras (garantía)? ¿Cómo te da confianza el sello del Espíritu en cuanto a la seguridad con que Dios te sostiene?

Esta semana, haz una sencilla auditoría de identidad. Haz una lista de los lugares donde buscas identidad: lo que logras, lo que adquieres y cómo aparentas ante los demás. Al lado de cada uno, escribe lo que Efesios 1:3–14 dice que es verdad acerca de ti en Cristo. Elige UNA verdad (escogido, reclamado o confirmado) para orar sobre ella y memorizarla.

Elige una parte ordinaria de tu semana, como el trabajo, una comida o el tiempo en familia. Usando 1 Corintios 10:31 y Colosenses 3:17, planifica una manera específica de hacerlo para alabanza de la gloria de Dios. Comparte lo que aprendas con alguien de tu grupo o con un amigo.

Visita el sitio web de la iglesia para explorar enseñanzas organizadas por series, por Escritura o por tema para profundizar en el estudio de la vida cristiana y la santificación.